

DE LA ESCLAVITUD A LA NEGRITUD

DOCUMENTOS

LOS PRIMEROS ESCLAVOS NEGROS

... que los dichos cincuenta esclavos son allá [en la Española] muy necesarios para romper las peñas donde el dicho oro se halla, porque los indios dizque son muy flacos e de poca fuerza, por ende yo vos mando que luego pongáis toda la diligencia en buscar los dichos cincuenta esclavos que sean los mayores y más recios que podiéredes haber, y los enviéis a la dicha isla Española.

Real provisión del 22 de enero 1510, cit. en Fernando Ortiz: *Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar*, 1963, p. 362.

... Hay, lo tercero, necesidad como ya bien a la larga tenemos escrito, que V.S. mande dar licencia general a estas islas, en especial a ésta [la Española] y San Juan, para que puedan traer a ellas negros bozales, porque por experiencia se ve el gran provecho de ellos, así para ayudar a éstos, si han de quedar encomendados, o para ayudar a los castellanos, no habiendo de quedar, como por el gran provecho que a S.A. de ello vendrá. Y esto suplicamos a V. A. tenga por bien conceder, y luego porque esta gente nos mata sobre ello, y vemos que tiene razón.

Carta de jerónimos al cardenal Cisneros, 22 de junio 1517, en *Documentos inéditos de América*, XI.

Todos los vecinos de la Española suplican a V.A. les mande dar licencia para poder llevar negros, porque dicen que los indios no es suficiente remedios para poder sustentarse en ella. Aquellos padres e yo, con los oficiales de V.A. y jueces, y con algunos regidores de Santo Domingo, hablamos sobre este artículo, y vista la necesidad de aquella isla nos pareció a todos que eran bien que se llevasen, con tanto que sean tantas hembras como varones, o más, y que sean bozales, y no criados en Castilla ni en otras partes, porque estos tales salen muy bellacos.

Memorial de B. de Manzanedo, 1513, cit. por Fernando Ortiz: *Contrapunto cubano...*, p. 368.

... Hay necesidad, asimismo, que vengan negros esclavos como escribo a S.A., y porque V. Señoría verá aquel capítulo de la carta de S.A. no lo quiero repetir aquí, más de hacerle saber que es cosa muy necesaria mandarlos traer, que desde esta isla partan los navíos para Sevilla, a donde se compre lo que fuese necesario, así como paños de diversos colores, con otras cosas de rescate que se usen en Cabo Verde, donde se han de traer con licencia del rey de Portugal; a que por el dicho rescate vayan allá los navíos e traigan todos los negros que pudieran haber, bozales de edad de quince a diez y ocho o veinte años, e hacerse han en esta isla [la Española] a nuestras costumbres e ponerse han en pueblos donde estarán casados con sus mujeres, sobrellevarse ha el trabajo de los indios, sacarse ha infinito oro. Esta tierra es la mejor que hay en el mundo

para los negros, para las mujeres, para los hombres viejos, que por gran maravilla se ve cuando uno de ese género muere.

Carta de Alonso Zuazo, juez de residencia, al Emperador, 22 enero 1518, cit. en Fernando Ortiz: *Contrapunto cubano...*, p. 369.

... Y porque algunos desta isla [la Española] dijeron al clérigo Casas, viendo lo que pretendía y que los religiosos de Santo Domingo no querían absolver a los que tenían indios, si no los dejaban, que si les traía licencia del rey para que pudiesen traer de Castilla una docena de negros esclavos, que abrirían mano de los indios, acordándose de esto el Clérigo dijo en sus memoriales que les hiciesen merced a los españoles vecinos della de darles licencia para traer de España una docena, más o menos, de esclavos negros, porque con ellos se sustentarian en la tierra y dejarían libres a los indios...

Este aviso de que se diese licencia para traer esclavos negros a estas tierras dio primero el clérigo Casas, no advirtiendo la injusticia con que los portugueses los toman y hacen esclavos, después de que cayó en ello no lo diera por cuanto había en el mundo, porque la misma razón tuvo por injusta y tiránicamente hechos esclavos, porque la misma razón es dellos que de los indios. Todos los avisos y medios que dio el clérigo Casas para que en estas tierras viviesen los españoles sin tener indios, de donde seguía ponerlos luego en libertad, pluguieron y fueron gratas mucho al gran chanciller y al cardenal de Tortosa, Adriano, que después fue papa, porque de todo se le daba parte, y todos los demás flamencos que dello supieron.

Preguntósele al Clérigo qué tanto número le parecía que sería bien traer a estas islas de esclavos negros: respondió que no sabía, por lo cual se despachó cédula del rey para los oficiales de la Contratación de Sevilla, que se juntasen y tractasen del número que les parecía; respondieron que para estas cuatro islas, Española, San Juan, Cuba y Jamaica, era su parecer que al presente bastarían 4 000 esclavos negros. Así como vino esta respuesta no faltó quien de los españoles, por ganar gracias, dio el aviso al gobernador de Bresa, que era un caballero flamenco, según creo, muy principal, que el rey había traído consigo y que era de su Consejo, que pidiese aquellas licencias por merced; pidióla, y el rey luego se la dio, y luego ginoveses se la compraron por 25 000 ducados, y con condición que por ocho años no diese otra licencia el rey alguna.

Fue muy dañosa esta merced para el bien de la población destas islas, porque aquel aviso que de los negros el Clérigo había dado era para el bien común de los españoles, que todos estaban pobres, y convenía que aquello se les diese de gracia y de balde, y como después los ginoveses les vendieron las licencias y los negros por muchos castellanos o ducados, que se creyó que ganaron en ello más de 280 000 y aun 300 000 ducados, todo aquello se sacó dellos, y para los indios ningún fruto dello salió, habiendo sido para su bien y libertad ordenado, porque al fin se quedaron en su captiverio hasta que no hobo más que matar.

Bartolomé de las Casas: *Historia de las Indias*, Madrid, III, p. 148 (cap. 102).

Todos los esclavos vivían en barracones. Ya esas viviendas no existen, así que nadie las puede ver. Pero yo las ví y no pensé nunca bien de ellas. Los amos sí decían que los barracones era tacita de oro. A los esclavos no les gustaba vivir en esas condiciones, porque la cerradera les asfixiaba. Los barracones eran grandes aunque había algunos ingenios que los tenían más chiquitos; eso era de acuerdo a la cantidad de esclavos de una dotación. En el del Flor de Sagua vivían como doscientos esclavos de todos colores. Ese era en forma de hileras: dos hileras que se miraban frente a frente, con un portón en el medio de una de ellas y un cerrojo grueso que trancaba a los esclavos por la noche. Había barracones de madera y de mampostería, con techos de teja. Los dos con el piso de tierra y sucios como carajo. Ahí sí que no había ventilación moderna. Un hoyo en la pared del cuarto o una ventanita con barrotes eran suficientes. De ahí que abundaran las pulgas y las niguas que enfermaban a la dotación de infecciones y maleficios. Porque esas niguas eran brujas. Y como único se quitaban era con sebo caliente y a veces ni con eso. Los amos querían que los barracones estuvieran limpios por fuera. Entonces los pintaban con cal. Los mismos negros se ocupaban de ese encargo. El amo les decía: "cojan cal y echen parejo". La cal se preparaba en latones dentro de los barracones, en el patio central.

Los caballos y los chivos no entraban a los barracones, pero siempre había su perro bobo rondando y buscando comida. Se metían en los cuartos de los barracones que eran chiquitos y calurosos. Uno dice cuartos cuando eran verdaderos fogones. Tenían sus puertas con llavines, para que no fuera nadie a robar. Sobre todo para cuidarse de los criollitos que nacían con la picardía y el instinto del robo. Se destaparon a robar como fieras.

En el centro de los barracones las mujeres lavaban las ropas de sus maridos y de sus hijos y las de ellas. Lavaban en bateas. Las bateas de la esclavitud no son como las de ahora. Esas eran más rústicas. Y había que llevarlas al río para que se hincharan porque se hacían de cajones de bacalao, de los grandes.

Fuera del barracón no había árboles, ni dentro tampoco. Eran planos de tierra vacíos y solitarios. El negro no se podía acos-

tumbrar a eso. Al negro le gusta el árbol, el monte. ¡Todavía el chino! África estaba llena de árboles, de ceibas, de cedros, de jagüeyes. China no, allá lo que había era yerba de la que se arrastra, dormidera, verdolaga, diez de la mañana... Como los cuartos eran chiquitos, los esclavos hacían sus necesidades en un excusado que le llaman. Estaba en una esquina del barracón. A ese lugar iba todo el mundo. Y para secarse el fotingo, después de la descarga, había que coger yerbas como la escoba amarga y las tusas de maíz.

La campana del ingenio estaba a la salida. Esa la tocaba el contramayoral. A las cuatro y treinta antes meridiano tocaban el Ave María. Creo que eran nueve campanazos. Uno se tenía que levantar en seguida. A las seis antemeridiano, tocaban otra campana que se llamaba de la jila y había que formar en un terreno fuera del barracón. Los varones a un lado y las mujeres a otro. Después para el campo hasta las once de la mañana en que comíamos tasajo, viandas y pan. Luego, a la caída del sol, venía la Oración. A las ocho y treinta tocaban la última para irse a dormir. Se llamaba el silencio.

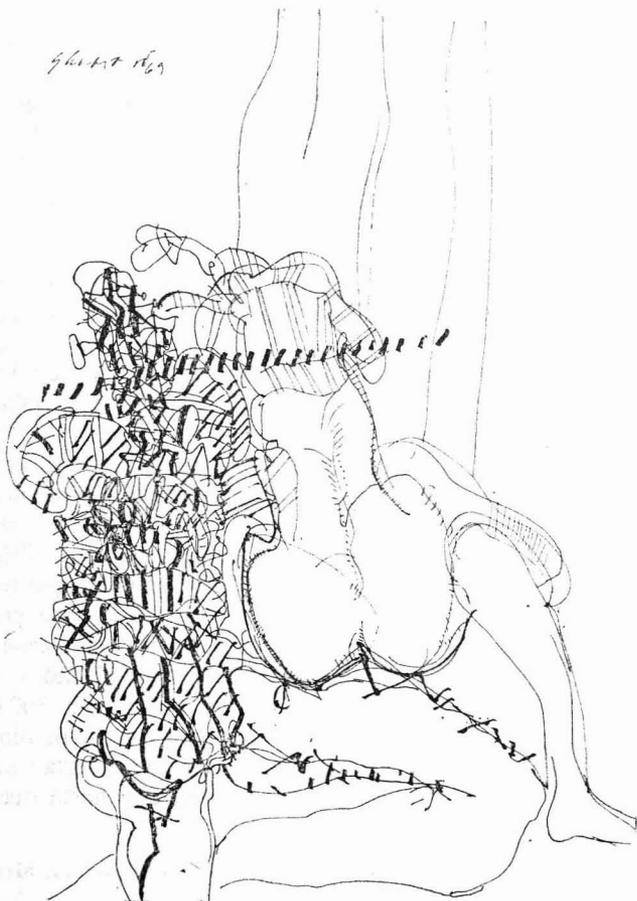
El contramayoral dormía adentro del barracón y vigilaba. En el batey había un sereno blanco, español él, que también vigilaba. Todo era a base de cuero y vigilancia. Cuando pasaba algún tiempo y la esquifación, que era la ropa de los esclavos, se gastaba, le daban a los hombres una nueva a base de tela de rusia; una tela gruesa y buena para el campo, tambor, que eran pantalones con bolsillos grandes y parados, lonilla y un gorro de lana para el frío. Los zapatos eran por lo general de vaqueta, corte bajo, con dos rejitas para amarrarlos. Los viejos usaban chacualas, que eran de suela chata con cordel amarrado al dedo gordo. Eso siempre ha sido moda africana, aunque ahora se las ponen las blancas y les llaman chancletas o pantuflas. Las mujeres recibían camisión, saya, sayuela y cuando tenían conuco ellas mismas se compraban sayuelas de las blancas que eran más lindas y paraditas. Se ponían argollas de oro en las orejas y domilonas. Estas prendas se las compraban a los moros o turcos que iban de vez en cuando a los mismos barracones. Llevaban unos cajones colgados al hombro con una faja de cuero muy gorda.

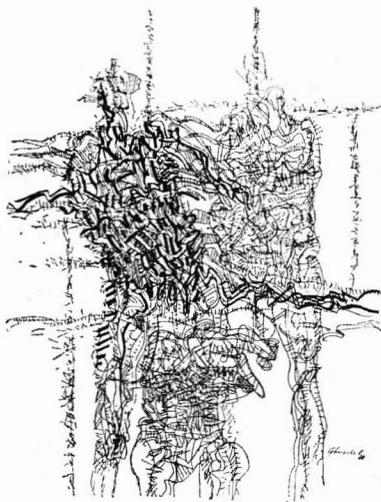
También en los barracones se metían los billetteros. Engañaban a los negros, vendiendo los billetes más caros y cuando un billete salía premiado no se aparecían más por allí. Los guajiros iban a negociar tasajo por leche. Vendían a cuatro centavos la botella. Los negros las compraban porque el amo no daba leche. La leche cura las infecciones y limpia. Por eso había que tomarla.

A mí nunca se me ha olvidado la primera vez que intenté huirme. Esa vez me falló y estuve unos cuantos años esclavizado por temor a que me volvieran a poner grillos. Pero yo tenía un espíritu de cimarrón arriba de mí, que no se alejaba. Y me callaba las cosas para que nadie hiciera traición porque yo siempre estaba pensando en eso, me rodeaba la cabeza y no me dejaba tranquilo; era como una idea que no se iba nunca, y a veces hasta me mortificaba. Los negros viejos no eran amigos de huirse. Las mujeres, menos. Cimarrones había pocos. La gente le tenía mucho miedo al monte. Decían que si uno se escapaba de todas maneras lo cogían. Pero a mí esa idea me daba más vueltas que a los demás. Yo siempre llevaba la figuración de que el monte me iba a gustar. Y sabía que el campo para trabajar era como el infierno. Uno no podía hacer nada de por sí. Todo dependía de las palabras del amo.

Un día me puse a observar al mayoral. Ya yo lo venía cachando. Ese perro se me metió en los ojos y no me lo podía quitar. Creo que era español. Me acuerdo que era alto y nunca se quitaba el sombrero. Todos los negros lo respetaban, porque con un cuerazo que diera le arrancaba el pellejo a cualquiera. El caso es que ese día yo estaba caliente y no sé qué me pasó, pero tenía una rabia que de verlo nada más me encendía.

Le silbé de lejos y él me miró y se volvió de espaldas: ahí fue donde cogí una piedra y se la tiré a la cabeza. Yo sé que le dio, porque él gritó para que me agarraran. Pero no me vio más el pelo, porque ese día cogí el monte.





Yo me cuidaba de todos los ruidos. Y de las luces. Si dejaba rastro me seguían el paso y me llevaban. Subí y bajé tantas lomas que las piernas y los brazos se me pusieron duros como palo. Poco a poco fui conociendo el monte. Y me fue gustando. A veces me olvidaba que yo era cimarrón y me ponía a chiflar. Chiflaba para quitarme el miedo de los primeros tiempos. Dicen que cuando uno chifla aleja los malos espíritus. Pero en el monte, y de cimarrón, había que andar despierto. Y no volví a chiflar porque podían venir los guajiros o los *ranchadores*. Como el cimarrón era un esclavo que se huía los amos mandaban a una cuadrilla de *ranchadores*; guajiros brutos con perro de caza, para que lo sacaran a uno del monte a mordidas. Nunca me topé con ninguno. Ni vide a un perro de esos de cerca. Eran perros amaestrados para coger negros. El perro que veía a un negro le corría atrás. Si por casualidad yo oía uno ladrando cerca, me desnudaba en seguida, porque así, desnudado, el perro no olfatea a nadie. Ahora mismo yo veo a un perro y no me pasa nada, pero si lo hubiera visto en aquella época no se me hubieran visto los pies en muchas leguas. Los perros nunca me han atraído. Para mí que son de malos instintos.

Cuando un *ranchador* atrapa a un negro, el amo o el mayoral le daban una onza de oro o más. Por esos años una onza era como decir diecisiete pesos. ¡Ni se sabe los guajiros que había en el negocio!

La verdad es que yo vivía bien de cimarrón; muy oculto, pero cómodo. Ni de los propios cimarrones me dejaba ver: "cimarrón con cimarrón, vende cimarrón".

Para buscar comida había que trajinar muy duro, pero nunca faltaba: "Jicotea con precaución lleva a su casa a cuesta." Lo que más me gustaba era la vianda y la carne de puerco. La comía todos los días y nunca me hacía daño. Para conseguir cochiniticos yo me acercaba a las sitierías por la noche y hacía que nadie me sintiera. Me le tiraba por el cuello al primero que veía y con una sogá bien apretada me lo pasaba al hombro y me echaba a correr, tapándole el *ocico*. Cuando encontraba donde acampar me lo acostaba a un lado y me ponía a mirarlo. Si estaba bien criado y pesaba veinte libras más o menos, entonces tenía la comida asegurada para quince días.

Todas las hojas del monte tienen utilidad. La hoja de tabaco o la yerba mora sirven para las picadas. Cuando veía que una picada de algún bicho se me iba a enconar, cogía la hoja de tabaco y la mascaba bien. Después la ponía en la picada y se me iba la hinchazón. Muchas veces cuando había frío me entraba dolor en los huesos. Era un dolor seco que no se me quitaba. Para calmarlo preparaba un cocimiento de hojitas de romero y me lo quitaba en seguida. El mismo frío me daba una tos muy fuerte. Un catarro con tos era lo que me entraba a mí. Ahí cogía una hoja grande y me la ponía en el pecho. Nunca supe el nombre de esa hoja, pero echaba un líquido blancuzco que era muy caliente; eso me calmaba la tos. Cuando cogía mucho frío se me aguaban los ojos y me daba una cosquilla que jodía muchísimo. Lo mismo me pasaba con el

sol; entonces ponía unas cuantas hojas de ítamorreal al sereno y al otro día me limpiaba los ojos. El ítamorreal es lo mejor que hay para eso. Hoy lo que venden en las boticas es ítamorreal. Lo que pasa es que lo meten en los pomitos y parece otra cosa. Según se pone viejo uno, lo de los ojos se quita. Hace muchos años que no padezco de ardentías.

La hoja de palo de macagua me servía para fumar. Con ella yo hacía tabacos bien enrolladitos y apretados. El tabaco era uno de mis entretenimientos. Después que salí del monte no fumé más tabacos, pero mientras estuve de cimarrón lo fumaba a todas horas.

Caminaba tanto bajo el sol que la cabeza se me iba poniendo caliente y pa mí que colorada. Entonces me entraban unas calenturas fuerte que se me quitaban acurrucándome un poco o con yerbas frescas en la frente, con hoja de llantén casi siempre. El problema es que no tenía sombrero, por eso es que la cabeza se me calentaba así. Yo me hacía la figuración de que el calor se me metía por dentro y me ablandaba los sesos. Cuando esa calentura se me pasaba, a veces me duraba muchos días, me metía en el primer río que veía sin hacer ruido y salía como nuevo. El agua del río no me hacía daño. Yo creo que lo mejor que hay para la salud es el agua del río, por lo fría. Esa misma frialdad es buena porque lo pone a uno duro. Los huesos se sienten fijos. El agua de lluvia me daba un poco de catarro que se me quitaba con cocimiento de cuajaní y miel de abejas. Para no mojarme me cubría con yaguas. Doblaba las yaguas por encima de un caballete que hacía con cuatro horquetas y formaba un *ranchito*. Esos ranchos se conocieron mucho después de la esclavitud y en la guerra. Se parecían a los de *vara de tierra*.

En el monte me acostumbé a vivir con los árboles. Ellos también tienen sus ruidos, porque las hojas en el aire silban. Hay un árbol que es grande como una hoja blanca. De noche parece un pájaro. Ese árbol para mí que hablaba. Hacía: "uch, uch, ui, ui, uch, uch". Los árboles no hacen daño, aunque por las noches, uno no debe pasar por encima de ellas. Yo creo que las sombras de los árboles son como el espíritu de los hombres. El espíritu es el reflejo del alma. Ese se ve.

Lo que sí los hombres no estamos dados a ver es el alma. No podemos decir que ella tenga tal o cual color. El alma es una de las cosas más grandes del mundo. Los sueños están hechos para el contacto con ella. Los congos viejos decían que el alma era como una brujería que uno tenía por dentro. Ellos decían también que había espíritus buenos y espíritus malos; o sea, almas buenas y almas malas. Y que todo el mundo las llevaba. A mi entender hay quien tiene el alma en el sentido de la brujería nada más. Otras personas la tienen en el sentido natural. Yo prefiero ésa, la natural, porque la otra tiene pacto con el diablo. Puede suceder que el alma se vaya del cuerpo. Eso es cuando una persona se muere o cuando está dormida. Ahí es donde el alma se sale con las suyas y empieza a recorrer el espacio. Lo hace para descansar porque tanto litigio a todas horas no hay quien lo aguante.

Hay personas a quienes no les gusta que los llamen cuando duermen, porque son asustadizos y se pueden morir de pronto. Eso pasa porque el alma en el sueño se va para afuera. Lo deja a uno vacío. Yo a veces paso escalofríos por la noche, en el monte era igual. Entonces me protejo bien, porque ése es el aviso que Dios le manda a uno para que se cuide. El que padece de escalofríos tiene que rezar mucho.

El corazón es muy distinto. Él nunca se va de su puesto. Con uno ponerse la mano en el lado izquierdo puede comprobar que está latiendo. Pero el día que se para se queda listo cualquiera. Por eso no hay que confiar en él.

Ahora, lo más importante en esa materia es el ángel. El Ángel de la Guarda. Ese es el que lo hace avanzar o retroceder a uno. Para mí el ángel está por arriba del alma y del corazón, siempre al pie de uno, cuidándolo a uno y viéndolo todo. Por nada del mundo se va. Yo he pensado mucho sobre estas cosas y todavía las veo un poco oscuras. Todos estos pensamientos vienen cuando uno está solo. El hombre piensa a todas horas. Hasta cuando sueña es como si estuviera pensando. Hablar de esos pensamientos no es bueno. Hay el peligro de que venga la decadencia. No se puede confiar mucho de la gente. ¡Cuántas personas no le preguntan a uno para saber bien y después partirle el carapacho! Además, eso de los espíritus es infinito, como las cuentas, que nunca se acaban. Nadie sabe su fin.

Toda mi vida me ha gustado el monte. Pero cuando se acabó la esclavitud dejé de ser cimarrón.

Miguel Barnet: *Biografía de un cimarrón*, Instituto de Etnología y Folklore, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1967.

DOS CARTAS DE MACEO

Campamento en Barigua, 16 de mayo de 1876. Ciudadano Presidente de la República [Tomás Estrada Palma].

Antonio Maceo y Grajales, natural de la ciudad de Cuba, Brigadiez del Ejército Libertador, y en la actualidad Jefe de la Segunda División del Primer Cuerpo, ante usted, usando la forma más respetuosa, se presenta y expone:

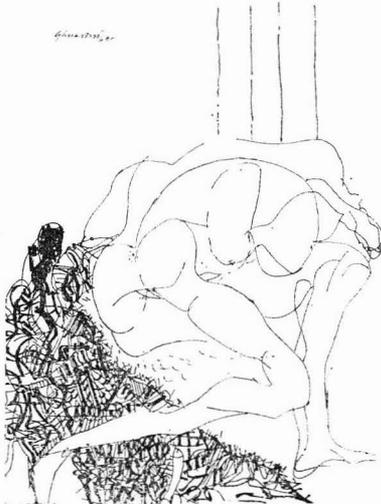
Que de mucho tiempo atrás, si se quiere, ha venido tolerando especies y conversaciones, que verdaderamente condenaba al desprecio porque las creía procedentes del enemigo, quien, como es notorio, esgrime y ha usado toda clase de armas para desunirnos y ver si así puede vencernos; pero más tarde, viendo que la cuestión *clase* tomaba creces y se le daba otra forma, trató de escudriñar de dónde procedía, y convencido al fin no era el enemigo, sino, doloroso es decirlo, de individuos hermanos nuestros, que olvidándose de los principios republicanos que observar debían, se ocupan más bien en servir miras políticas particulares: por lo tanto, en razón de lo dicho, se cree obligado a acudir al Gobierno que usted representa, para que bien penetrado de las razones que más adelante expondrá,

proceda como fuere de justicia, y resolviendo, dicte las medidas necesarias a fin de que en ningún tiempo se tache ni aparezca dudosa la conducta del exponente, ni su honra con la más ligera mancha; pues los deseos de toda su vida han sido, son y serán, servir a su país, defendiendo los principios proclamados y exponer su vida, como tantas veces lo ha hecho, porque la causa triunfe y se mantengan incólumes los sacrosantos principios de libertad y de independencia.

El exponente, Ciudadano Presidente, supo hace algún tiempo, por persona de buena reputación y prestigio, que existía un pequeño círculo que propalaba había manifestado al Gobierno "no querer servir bajo las órdenes del que habla, por pertenecer a la 'clase'", y más tarde por distinto conducto ha sabido que han agregado "no querer servir por serles contrario y poner miras en sobreponer los hombres de color a los hombres blancos". Tal es la cuestión que ese círculo agita: y es de creer la han lanzado para herir en lo más vivo al exponente, porque con ella quieren servir intereses políticos particulares, y por de contado, para ver si así inutilizan al que consideran un estorbo para sus planes; tratando de hundir, ya que de otro modo no pueden, al hombre que ingresó en la Revolución sin otras miras que las de dar su sangre por ver si su patria consigue verse libre y sin esclavos. Y no obstante no tener ambición ninguna y de haber derramado su sangre tantas veces, cual lo justifican las heridas que tiene recibidas, y tal vez porque sus envidiosos lo han visto protegido de la fortuna, apelan a la calumnia, y ésta toma incremento; y el que habla como su conciencia la lleva sin sangre, después de penetrar lo que están haciendo, abordó la cuestión de frente con uno de los que componen el pequeño círculo, convenciéndose después más y más del inicuo fin que se proponen: como también de que plantan sin advertirlo la semilla de la división; siembran, por de contado, el disgusto, enervan los ánimos: y en último resultado será la Patria quien sufra las consecuencias.

Y como el exponente precisamente pertenece a la clase de color, sin que por ello se considere valer menos que los otros hombres; no puede, ni debe consentir, que lo que no es, ni quiere que suceda, tome cuerpo y siga extendiéndose: porque así lo exigen su dignidad, su honor militar, el puesto que ocupa y los lauros que tan legítimamente tiene adquiridos. Y protesta enérgicamente con todas sus fuerzas para que ni ahora, ni en ningún tiempo, se le considere partidario de ese sistema, ni menos se le tenga como autor de doctrina tan funesta, máxime cuando forma parte, y no despreciable, de esta República democrática, que ha sentado como base principal, la libertad, la igualdad y la fraternidad y que no reconoce jerarquías.

Y si llega el postulante al Gobierno de la Nación, es para que proceda como corresponde, para que aquél que pruebas tuviere las presente, y de no haberlas, sea tenido como enemigo de la República; porque debe considerarse como tal enemigo a todo aquel que esgrima armas que directa o indirectamente favorezcan los planes de nuestros contrarios, y por consiguiente, se hace acreedor a que nuestras leyes le castiguen.





Y si por evento no creíble se le negare al postulante la justicia que demanda, y si por un fin político, ya que se ha puesto la cuestión en el tapete, se le quiere condenar a la inercia, dejándole como simple espectador de una guerra que abrazó con tanta fe como denuedo, por creer en la santidad de la misma, pide le den sus pasaportes para el extranjero, donde se reserva hacer uso de sus derechos y protestar ante el mundo civilizado como lo hace ahora aquí; sin que por esto se entienda ni remotamente, que éste sea un pretexto para abandonar el país; y mucho menos ahora que la Patria necesita más que nunca del postrer esfuerzo de todos sus buenos hijos: pues ni está inutilizado a pesar de las once heridas que en su cuerpo lleva notablemente, ni está cansado; porque el exponente, Ciudadano Presidente, no es de los hombres que se cansan, ni se cansará mientras no vea a su patria en posesión de los derechos que reportarle debe la sangrienta lucha que empeñó desde 1868, para librarse de todo aquello que no sea republicano.

Y por último:

A usted ocurre con la súplica de que ordene la formación del correspondiente juicio para que la verdad quede en su lugar y el castigo se aplique a los que a él sean acreedores.

Campamento de Barigua, a 16 de mayo de 1876, 9o. de la Independencia. Patria y Libertad.

A. Maceo,
Brigadiez del E.L.

Grand Turk (Islas Turcas), febrero 6 de 1880.

Ciudadano Mayor General Máximo Gómez.

Mi distinguido amigo y compañero:

Con el vehementísimo deseo de poner a usted al corriente de lo que me sucedió en Haití, pues lo supongo ansioso de saber de mí, le dirijo ésta con el propósito de detallarle los hechos tal como sucedieron, a fin de que usted pueda salir de la angustia que le haya producido la noticia del conato de asesinato.

Cuando me ausenté de Jamaica con el propósito de volver a ver a usted y a Calixto García en Puerto Príncipe de Haití, con el objeto de buscar protección en el pueblo haitiano y en el presidente Salomón, en favor de los hombres de su raza que en Cuba sufren los horrores de la servidumbre del sistema colonial, me creía al mismo tiempo más indicado que cualquiera otro para obtenerlo de ellos por pertenecer yo a su misma raza.

Encontréme a mi llegada rodeado de mil dificultades para lograr el fin que me proponía. Allí mismo me decían lo que ya otros de mis compatriotas me habían vaticinado: Salomón no hará nada en favor de Cuba. Si usted tiene presente lo que escribió él contra los revolucionarios cubanos que peleaban por la independencia de su país para obtener la emancipación de la esclavitud. Decía él en su escrito que dichos revolucionarios combatían por sostener la esclavitud y que los españoles peleaban por abolirla: es decir, que para alegar en favor de nuestros enemigos sostenía todo lo contrario de lo que ha sucedido; y hoy, no obstante saber el mundo entero que el Con-

venio de Zanjón (lo único bueno que hizo) dio libertad a más de 16,000 hombres esclavos, sostiene un periódico de la capital haitiana el mismo tema. Creo positivamente que Salomón, que sin duda posee inteligencia, no cree tal cosa; pero como su mala fe es superior a esa inteligencia, escribe y sostiene que es verdad que nosotros luchamos por conservar la esclavitud, sin recordar él que hemos combatido diez años sin más recompensa que nuestros propios esfuerzos, pues según todo el mundo sabe, nuestro ejército no tuvo paga de ningún género, ni fue nunca racionado por cuenta del Estado.

Por lo poco que puedo yo estudiar la política del presidente Salomón, creo que él odia a los hombres más por el color de su piel que por el más o menos extravío político de cada individuo; pero siendo así no me explico la conducta que observa respecto de los negros de Cuba, sin embargo de creer yo al hombre más monárquico que republicano. ¿Le dominará alguna pasión particular? (...)

Hasta que tenga el gusto de volver a verle, queda, como siempre, su fiel amigo y compañero.

A. Maceo

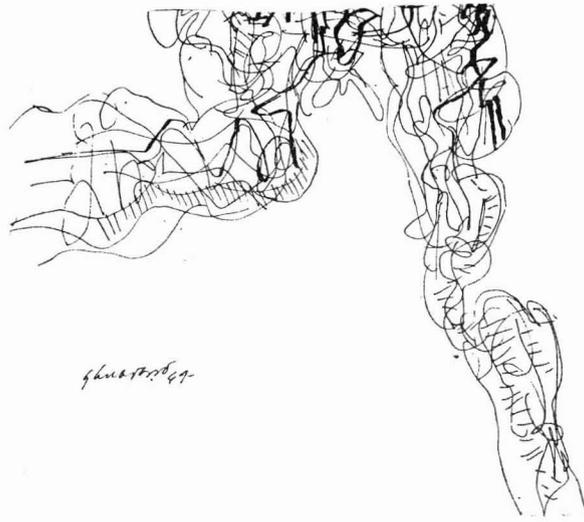
De José Antonio Portuondo (ed.): *El pensamiento vivo de Maceo*, La Habana, Tercer Festival del Libro Cubano, s/f (Biblioteca básica de cultura cubana, 27).

MARTÍ Y LOS NEGROS

Tiene el negro una bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se obscurece con su varonil bravura. Pero tiene más que otra raza alguna tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios.

Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león; y hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas; y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad que se parece a la de los rayos del sol. . .

Es honor singular del pueblo de Cuba del que ha de pedirle respetuosamente reconocimiento el que, sin lisonja demagógica ni precipitada mezcla de los diversos grados de cultura, presenta hoy al observador un liberto más culto y exento de rencor que el de ningún otro pueblo de la tierra. El campesino negro más cercano de la libertad, vuela a su rifle, con el que jamás en diez años de guerra hirió a la ley, y sólo se le advierte el jubiloso amor con que saluda y la ternura con que mira al hombre de tez de amo que marcha a su lado o detrás de él, defendiendo a la libertad. De la justicia no tienen nada que temer los pueblos, sino los que se resisten a ejercerla. El crimen de la esclavitud debe purgarse, por lo menos, con la penitencia hartamente suave de alguna mortificación social. Desde los libres campos cubanos, al borde de la fosa donde enterramos juntos al héroe blanco y al negro, proclamamos que es difícil



respirar en la humanidad aire más sano de culpa y vigoroso, que el que con espíritu de reverencia rodea a negros y blancos en el camino que del mérito común lleva al cariño y a la paz...

Debiera bastar. Debiera cesar esa alusión continua al color de los hombres. El bueno es blanco y el malo es negro. Para aludir a su virtud, más difícil en él por haber vivido más cerca de la servidumbre, como un hecho natural, o para censurar a los que quieren hacer de su diferencia el color, sofocando acaso un bochorno cobarde, el instrumento de su poder o de su beneficio. Y en las cosas de ese país de cascabeles que es Cuba, ahora vive, en insigne comedia, sobre el país tácito y real, sobre el país que busca el camino y vela la hora; en la curiosa duda de aquellos políticos entretenidos sobre el derecho del negro al voto, los que bebimos de los padres de la patria el romance augusto, los que le conocemos el alma verdadera al país, decimos: quien fue bueno para morir, es bastante bueno para votar.

...El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice "mi raza": peca por redundante el negro que dice "mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala, es una pecado contra la humanidad.

¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco que se envanece de serlo, y cree tiene derechos especiales para serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común.

Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se llama racismo, no importa que se llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato y más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato y más que negro. En los campos de batalla murieron por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y los negros. En la vida dia-

ria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y caracteres. Lo semejante esencial se busca y se halla por diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funda en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable el móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado, y en sus grados a veces opuestos, decide e impera en la formación de los partidos...

...La revolución fue la que devolvió a la humanidad la raza negra; fue la que hizo desaparecer el hecho tremendo. Después, en los detalles, en las consecuencias, en las costumbres puede haber quedado algo que hacer, con problema tan profundo y difícil, en el espacio insuficiente de una generación. Después, en los tiempos menores, luego de dado el gran tajo, pudieron los hombres fáciles y de segunda mano aprovechar la obra de los padres, de los primeros, de los fundadores. Después, por la vía abierta, por la vía teñida con la sangre de los cubanos de la redención, pudieron criollos o españoles forzar a España a las consecuencias inevitables de la abolición de la esclavitud decretada y practicada por la revolución cubana. Pero ella fue la madre, ella fue la santa, ella fue la que arrebató el látigo al amo, ella fue la que echó a vivir el negro de Cuba, ella fue la que levantó al negro de su ignominia y lo abrazó, ella la revolución cubana...

... ¡El cubano negro no aspira a la libertad verdadera, a la felicidad y cultura de los hombres, al trabajo dichoso en la justicia política, a la independencia del hombre en la independencia de la patria, al acrecentamiento de la libertad humana en la independencia, no aspira —decimos— a todo esto el cubano negro como negro, sino como cubano! (...) ¡Y cuando se levanta en Cuba de nuevo la bandera de la revolución, el cubano negro estará abrazado a la bandera, como a una madre!

... los elementos sociales que pondrá después de su liberación en la Isla de Cuba la raza negra. No las apariencias sino las fuerzas vivas. No la raza negra como unidad, porque no lo es, sino estudiada en sus varios espíritus o fuerzas, con el ánimo de ver si no es cierto, como parece, que en ella misma hay, en una sección de ella, hay material para elaborar el remedio contra los caracteres primitivos que desarrollan por herencia, con grande peligro de un país que de arriba viene acrisolado y

culto, los sucesores directos o cercanos de los negros de África, salvajes que no han pasado aún por la serie de trances necesarios para dejar de develar en el ejercicio de los desechos públicos, la naturalidad brutal correspondiente a su corta vida histórica.

De Armando Guerra: *Martí y los negros*, La Habana, Imps. Arquimban, s/f.

EL PERIODISMO Y LOS NEGROS

Venimos sí, a defender nuestros derechos conculcados y a señalar a nuestros hermanos de raza, los más miopes, la línea de conducta que en nuestro concepto deben seguir, por lo menos en los momentos históricos que atravesamos.

No estamos afiliados a ninguno de los partidos políticos militantes, porque nuestro fin no es hacer política, y porque queremos estar desligados de todo compromiso, para poder girar con más libertad, dentro del programa que nos hemos trazado.

No admitiremos más imposiciones, que las de las leyes, porque a esas estamos sujetos todos, las acataremos no por temor, sino por respeto, y decimos esto, porque para nosotros el que teme, odia, el que respeta, ama.

Nuestro continuo batallar será pedir escuelas, escuelas y todo lo demás que nos corresponda y deban otorgarnos los poderes públicos, dentro de las leyes sancionadas por nuestro gobierno.

ABC, Cienfuegos, 1889.

Lo hemos dicho antes, y lo volvemos a repetir; jamás nos detendrán las consideraciones particulares; por encima de lo particular se halla la regeneración de nuestra raza; cansados estamos, por cierto, de desprecios, vituperios y vejaciones que nos mantienen atados en el indigno poste del servilismo: queremos salir de este asqueroso estado de deshonra para ocupar también el dignísimo pedestal que ocupan los hombres honrados; y entiéndase que sólo pedimos lo que nos toca por razón y aspiramos a lo que pueda aspirar el que más; estamos comprendidos dentro de la Constitución y por lo tanto somos también ciudadanos de la nación.

La doctrina de Martí, New York, La Habana, 1896.

El advenimiento de la raza de color a la vida de la libertad que es la vida del derecho, tuvo su origen ¿por qué no decirlo?, en la Revolución de Yara; el primer paso que en aras

de la fraternidad se dio en Cuba, fue la manumisión de los siervos que al lado de sus señores combatieron, y esa era de fraternal concordia que se inició entre el fragor de los combates, al calor y entre la sangre de uno y otro bando; dejó trazada por manera indeleble la conducta que en lo sucesivo debían observar aquéllos a quienes el cruel bautizo de sangre consagraba hermanos. ¿Por qué pues esa marcada repugnancia, ese afán de eliminar en la gestión de la cosa pública al hombre de color? ¿Por qué no deponer mezquinas preveniciones y llevar a la práctica de la vida los bellos ideales de fraternidad y unión que cual símbolo de bienandanza y prosperidad tanto ensalzan en discursos y periódicos?

El fraternal, La Habana, 1887.

La instrucción y moralidad, esas dos palabras del progreso individual y colectivo de la humanidad, que se desarrollan por el pensamiento la una y por el sentimiento la otra, son el sello característico de todos los pueblos y sociedades que marchan a la vanguardia de la civilización, y la base primera del adelanto efectivo de las clases sociales.

La clase de color, cuyo estado de instrucción es muy deficiente por cierto, necesita, si se quiere emancipar de la triste condición en que hoy se encuentra, marchar por las vías del amor al estudio y de la reforma personal, por iniciativa propia, que es la que caracteriza el verdadero deseo de seguir adelante: sean cuales fuesen los obstáculos que a su paso encuentre. Partir de otro punto en la formación del edificio emancipador de nuestra clase, es partir de una base falsa que el menor desengaño derriba y anonada.

¿Queremos ser fieles a nuestro propósito? Pues instruyámonos, mejorémonos, en cuanto nos sea posible, apartémonos de todas esas costumbres incultas que por largo tiempo nos han sumido en el atraso; releguemos al olvido rencores y caprichos pasados que al presente no tienen objeto; y de ese modo estaremos preparados para entrar de lleno en el lugar que la dignidad humana y el progreso por justa ley nos depare.

Sin esto, seríamos libres en el nombre, pero en los hechos esclavos...

... Si hubo un tiempo en que el color de la piel establecía diferencias entre los hombres, la fuerza incontrastable de las ideas acaba de borrar, por completo, aquella preocupación vergonzosa y desconsoladora. Los tintes del rostro no denunciarán, desde este instante en Cuba, la condición humilde de





las personas. Que si la esencia del ser está en el alma, no sé por qué motivo hayan de buscarse en el cuerpo las diferencias fundamentales entre los hombres.

La libertad, La Habana, 1887.

El hombre de color en Cuba está tan interesado como el descendiente de los astures o gallegos en la emancipación de su patria. Con su sangre compró el negro en los campos de combate el derecho a que se le estime y respete y con esa misma sangre, vertida a torrente, contribuyó el paria blanco a la primera redención de su hermano el ilota negro.

El verdadero valer, aquel que huye del relumbrón falso o de la asonada militar, no se paga por cierto de matices más o menos claros o matices más o menos oscuros. Y en Cuba se ha demostrado palmariamente, aun bajo la funesta y sagaz influencia del gobierno español que tiende a dividir para vencer, que del humilde plantel donde se educa a la niña o al niño de rostro caldeado, se puede pasar, sin desdoro de nadie, a las sesiones de la sociedad económica.

La idea de la patria fue siempre en todo tiempo y lugar anterior a la idea accesoria del color.

El postillón, New York, 1892.

Editoriales tomadas de Pedro Deschamps Chapeaux: *El negro en el periodismo cubano en el siglo XIX*. Ediciones Revolución, La Habana, 1963.

CRÍTICA DE LA NEGRITUD

Haití es actualmente el país en donde mejor se pueden seguir las *aventuras de la negritud*, porque nuestro país es el lugar del mundo en donde, como ha dicho Aimé Césaire ella "se ha puesto en pie por primera vez" y donde al presente es la ideología de que se nutre la tiranía más monstruosa de la historia contemporánea. Es por esto que una crítica del concepto de negritud, a la luz de la espantosa experiencia haitiana puede tener una significación eficaz para todos los negros oprimidos del mundo.

... La fe en el color reemplaza al verdadero color de la dominación de unos y otros sobre la gran mayoría de haitianos que son negros. Esa *cuestión de color* es una realidad social muy importante en la historia de Haití. Es sabido que Marx, al mismo tiempo que negaba el papel decisivo de los dogmas espirituales en el proceso histórico de una sociedad determinada, los consideraba, sin embargo, *realidades sociales* que si bien no pueden cambiar el curso de la historia, tienen la posibilidad de modificar sus contornos, su ritmo, sus modalidades. Es por eso que la cuestión de color, la "ideología colorista" es una realidad social que en tanto que tal ha influido en el desarrollo de nuestra historia nacional, y en ciertos momentos de grave crisis social ha modificado el ritmo y las modalidades de la lucha de clases en el país... Los pequeños burgueses negros como Duvalier, quienes a partir de 1946,

aliados a los latifundistas negros y a los "compradores" mulatos, controlan el poder político sirviéndose históricamente de la "negritud", han tratado de hacer creer a las masas negras que ellas están ahora en el poder y que la "revolución duvalierista" (sic) es una brillante victoria de la "negritud"...

... Naturalmente la tiranía de Duvalier ofrece una caricatura monstruosa de la negritud, y no hay que concluir por ello que este concepto estaba llamado fatalmente a desembocar en una empresa de aniquilación de la condición humana. El socialismo es una doctrina de liberación del hombre, pero el *nacional socialismo* fue un instrumento de exterminio del hombre. Todo depende de la utilización que una clase social dominante haga de una ideología para disimular designios bajamente egoístas. Actualmente los burgueses negros que conservan sus privilegios por intrigas del neocolonialismo en África y en América se han apresurado a apoderarse del concepto de negritud para hacer de él su arma ideológica, porque precisamente ellos saben que ese concepto en un momento dado de la lucha contra la colonización, en los libros de Price-Mars, de Dubois, de Césaire, de Jacques Roumain, de Richard Wright, de Langston Hughes, de Claude Mackay, de Guillén, de Jacques S. Alexis, de Cheikh Anta Diop, de Frantz Fanon, etc., este concepto ha expresado con fuerza el doble carácter de la alienación de los negros oprimidos... Toda una rica literatura nació de esta operación que Jean-Paul Sartre, en un célebre ensayo, "Orfeo Negro" [ediciones N.R.F., *Situaciones III*, 1948] ha descrito como "un descenso a los infiernos esplendorosos del alma negra". Y Sartre añade: "Yo llamaría 'órfica' a esta poesía, puesto que este descenso infatigable del negro en sí mismo me hace pensar en Orfeo que va a reclamar a Eurídice a Plutón..." ¡En veinte años el agua del Congo ha corrido bajo muchos puentes y no es sólo con la gran poesía lírica de Aimé Césaire que la negritud ha descendido al mar! La negritud de Césaire era una paciencia dinámica que podía horadar 'la carne del cielo y de la tierra', era una explosión de la conciencia rebelde del negro oprimido. Era un devenir abierto sobre las exigencias concretas del movimiento de liberación nacional. Y Sartre, al final de su inolvidable ensayo planteaba la siguiente pregunta: "¿Qué sucedería si el negro, despojándose de su negritud en beneficio de la revolución, no quisiera ya considerarse más que como un proletario? ¿Qué sucedería si no se dejara definir ya más que por su condición objetiva?" Veinte años después, la propia marcha de la historia da la respuesta a estas preguntas. Decimos a Jean-Paul Sartre: ¡Mire a Cuba y tendrá la respuesta! Mire cómo la negritud se ha incorporado a la revolución socialista y cómo allí ha encontrado su superación a través de un proceso histórico en que el blanco y el negro y el mulato han cesado de ser opuestos unos a otros y donde el drama de su destino se ha desenlazado en una misma y esplendente verdad humana: la revolución... El Orfeo Negro será revolucionario o no será!

De René Depestre: "Jean Price-Mars y el mito del Orfeo Negro", introd. a Price-Mars: *Así habló el tío*, La Habana, 1968.